

Los orígenes de los modernos Estados de Bienestar europeos

Autor: Illescas Tejedor, Adrián (Grado en Historia).

Público: Comunidad Educativa. **Materia:** Historia. **Idioma:** Español.

Título: Los orígenes de los modernos Estados de Bienestar europeos.

Resumen

Los modernos Estados de Bienestar, que aparecieron en Europa tras la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial, se estructuraron impulsados gracias a la extensión del sentimiento de necesidad de intervenir en la actividad económica para conseguir establecer una extensa red de mecanismos de protección social que satisficieran las nuevas demandas colectivas ante la apertura de una nueva era. En este sentido, desde 1945 se extendió por heterogéneos Estados europeos la obligación de construir medidas de bienestar como un mecanismo de responsabilidad pública.

Palabras clave: postguerra, reconstrucción europea, keynesianismo, planificación, pacto social.

Title: The origins of modern European Welfare States.

Abstract

The modern welfare states, which appeared in Europe after the destruction caused by the Second World War, were structured thanks to the extension of the feeling of need to intervene in economic activity in order to establish an extensive network of social protection mechanisms that would satisfy the new collective demands before the opening of a new era. In this sense, since 1945 the obligation to build welfare measures as a mechanism of public responsibility has been extended by heterogeneous European states.

Keywords: Postwar, European reconstruction, Keynesianism, planning, social pact.

Recibido 2018-12-08; Aceptado 2019-01-08; Publicado 2019-01-25; Código PD: 103026

INTRODUCCIÓN

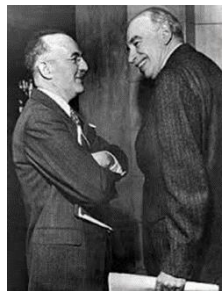
La reestructuración de los conjuntos estatales y de las relaciones internacionales tras la Segunda Guerra Mundial estuvieron planificadas para eludir un regreso a las condiciones que habían amenazado el sistema capitalista durante la Gran Depresión de la década de 1930, y a su vez, evitar paralelamente el florecimiento de rivalidades geopolíticas interestatales que habían sido detonantes de dicho conflicto bélico (Harvey, 2007). Hay que tener en cuenta, que una de las razones que hizo que la situación fuera dramática por aquel entonces fue que los sistemas públicos de seguridad eran todavía raquíticos, sobre todo para los desempleados de larga duración, uno de los grandes problemas para la población de países industrializados durante este periodo (Hobsbawm, 2006). De esta manera, con la finalidad de asentar la paz interna en los nuevos Estados de la postguerra se comenzó a asentar cierto compromiso de clase entre el capital y la fuerza del trabajo para confluir de manera armónica el Estado, el mercado y las instituciones democráticas con el fin de asegurar el bienestar y la estabilidad nacional (Harvey, 2007).

Por consiguiente, en el plano internacional, un nuevo orden mundial fue erigido desde los acuerdos de Bretton Woods de 1944 con la formación de diversas instituciones supranacionales como la Organización de las Naciones Unidas, el Banco Mundial¹ o el Fondo Monetario Internacional (Harvey, 2007). A esta última organización se la encargó la ardua tarea de conseguir la estabilidad económica global e impedir una nueva depresión global (Stiglitz, 2015). De la concepción original del FMI se ha señalado que “[...]se basó en el reconocimiento de que los mercados a menudo no funcionaban: podían dar lugar a un paro masivo y fallarían a la hora de aportar los fondos imprescindibles para que los países pudieses recomponer sus economías” (Stiglitz, 2015: 49). En este sentido, se incentivó mundialmente el libre comercio desde la configuración de

¹ Su nombre original fue Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, debido a que las potencias occidentales confiaban interferir las economías del mundo *subdesarrollado* a través de esta organización (Stiglitz, 2015).

un sistema de tipos de cambio fijos: “[...]sujeto a la convertibilidad del dólar estadounidense en oro a un precio fijo” (Harvey, 2007: 16). El dólar estadounidense circuló libremente más allá de sus fronteras como moneda de reserva global, razón por la que este sistema existió gracias a la supervisión protectora de Estados Unidos, y solamente el contexto de la Guerra Fría, aspecto que también implicó la formación de un nuevo marco político internacional a partir de las fundaciones de la ONU en 1945 y de la OTAN en 1949, impidió ciertas limitaciones a su alcance global (Harvey, 2007). En síntesis, gracias al establecimiento de este nuevo sistema se asentaron unos cimientos, entre los que también destacó la formación del GATT² en 1946, sobre los que renació tanto el sistema comercial internacional, como los proyectos económicos europeos a lo largo de los siguientes 25 años (Wasserstein, 2010).

Imagen 1: Los economistas Harry Dexter White (izquierda) y John Maynard Keynes (derecha) durante la reunión de Bretton Woods (1944).



Fuente: <https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:WhiteandKeynes.jpg>

En este contexto, después de la Segunda Guerra Mundial aparecieron en el mundo occidental una variedad de Estados de diversa tipología socialdemócrata, democristiano o dirigistas, que su principal punto vertebrador fue su aceptación de que el Estado debía ser un garantizador del pleno empleo, el crecimiento económico y el bienestar social de los ciudadanos, en un proceso donde el poder estatal debía extender sus dominios junto a las actividades del mercado para alcanzar estos fines (Harvey, 2007). Incluso en Estados Unidos, las dos Guerras Mundiales y una serie de conflictos internos³ transformaron enormemente las estructuras estatales, viendo las mismas un gran crecimiento de su tamaño ya en 1950, en un proceso que implicó de una manera progresiva un crecimiento tanto del empleo público y como del impacto de la administración pública en el capital nacional (Jenkins, 2012).

Las teorías del Estado de Bienestar tuvieron un largo periodo histórico de gestación, vinculándose a ciertos pensadores liberales y socialistas británicos como Graham Wallas, R. H. Tawney o Beatrice Webb su original concepción teórica, pasando a ser reformuladas de diversa manera a través de divergentes proyectos como la pensiones de vejez introducidas por Bismarck en el imperio alemán o el sistema nacional de seguro de desempleo obligatorio británico elaborado por diferentes gobiernos liberales entre 1905 y 1914 (Wasserstein, 2010). No obstante, no sería hasta las fases iniciales de la II Guerra Mundial, y de una forma gradual, cuando se comenzó a tomar conciencia de la necesidad de que el Estado tenía que controlar en su totalidad la economía⁴, la planificación material y la asignación de recursos (Hobsbawm, 2006). En este sentido, las políticas presupuestarias y monetarias denominadas generalmente como *keynesianas* fueron aplicadas en diversos contextos nacionales con la intencionalidad de amortiguar los impactos de los ciclos económicos y asegurar el máximo empleo posible, partiendo desde la base de la necesidad de que la autoridad estatal y la planificación desde arriba

² Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio.

³ Entre los que destacó preponderantemente la purga anticomunista (1946-56), también conocida como *maccartismo* (Jenkins, 2012).

⁴ Gracias a medidas de estas características, se ha señalado que Gran Bretaña finalizó el conflicto bélico con una población mejor alimentada y más sana, respecto a otros países con más recursos materiales y con modelos económicos diferentes como Alemania, debido a que: “[...]uno de los objetivos permanentes en la economía de guerra planificada fue intentar conseguir la igualdad en la distribución del sacrificio y la justicia social” (Hobsbawm, 2006: 55).

debían subsanar las carencias del mercado (Judt, 2011). Los pensadores keynesianos apostataron acertadamente por incentivar las economías deprimidas de la postguerra a través de la demanda que generarían los ingresos de los trabajadores ocupados, partiendo desde la base de que el desempleo generalizado social y políticamente podían ser explosivo para el sostenimiento del sistema (Hobsbawm, 2006).

En síntesis, los Estados adquirieron el compromiso de intervenir de manera activa en la política industrial y en la fijación de formulas establecidas de salario social mediante el establecimiento de una variedad de sistemas de protección social, basada entre otros, de la asistencia sanitaria y la educación (Harvey, 2007). Lo cual no debe de interpretarse como una revolución de las relaciones sociales o un intento de asentar una era socialista por parte del Estado, puesto que la mayoría de los legisladores occidentales de esta época, desde Keynes hasta Clement Attlee y el propio Charles de Gaulle, eran instintivamente conservadores que pretendían salvaguardar el sistema capitalista frente a la constante amenaza que planteaba la presencia de la URSS en el continente europeo (Judt, 2011).

LA RECUPERACIÓN DE EUROPA

A finales de 1945, la región europea se encontraba exhausta, paralizada y tremendamente empobrecida (Wasserstein, 2010). En este contexto, Estados Unidos vio la necesidad de impulsar una economía fuerte en Europa Occidental a través de la planificación de un proyecto colosal de recuperación como fue el Plan Marshall a partir de junio de 1947, a través del cual pretendió controlar la situación internacional del continente europeo sin imposiciones completas en los planes políticos y económicos de reconstrucción (Hobsbawm, 2006). En este sentido, las grandes dimensiones de los conflictos bélicos, entre los que destacó la gran pérdida de recursos productivos⁵, permitieron nuevas oportunidades en Europa, puesto que el regreso a la situación previa a 1939 era imposible en casi todas las partes (Judt, 2016). En muchas partes del continente, la resistencia antifascista tras combatir con las fuerzas de ocupación y sucedáneos locales se esforzó en luchar contra todo un sistema político y social que se hacía directamente responsable de la destrucción bélica, donde políticos, banqueros o militares de entreguerras se consideraban causantes de haber llevado a sus países hacia la catástrofe (Judt, 2016). De esta manera, la resistencia se argumentó de manera implícita revolucionaria en muchos lugares del continente, puesto que condenaba a una sociedad que había permitido el surgimiento del fascismo, lo cual invitaba en estos instantes según el escritor Italo Calvino a “soñar una revolución que partiera de una *tabula rasa*” (Judt, 2016). A lo que hay que añadir al respecto que: “Desde el punto de vista de los movimientos de la resistencia de la época de guerra, la política de la postguerra sería una continuación del enfrentamiento bélico, una proyección y extensión natural de su existencia clandestina” (Judt, 2016: 106). Ahora bien, debe de tenerse en cuenta que estos movimientos no encontraron sus mayores rivales en los reaccionarios o los fascistas tras la muerte de Hitler, sino que más bien el principal obstáculo para extender la revolución fue la presencia de los gobiernos legítimos, los cuales la mayoría de los mismos habían pasado la guerra en Londres, que veían a las organizaciones de resistencia local más como un problema que como potenciales aliados en los proyectos de recuperación nacional (Judt, 2016).

A pesar de que con el regreso de las autoridades exiliadas se mostró un cierto interés inicial en llegar a acuerdos políticos, sociales y económicos reformistas que satisficieran a los movimientos de resistencia, en un proceso que se denominó *transición ordenada*, estos últimos fueron obligados por los primeros a dismantelar⁶ sus organizaciones en una restauración del *statu quo* institucional (Judt, 2016). De esta manera, se configuraron en la Europa de la postguerra una serie de gobiernos de coaliciones de izquierda y centro izquierda, bastante semejantes a los frentes populares anteriores a

⁵ Hobsbawm ha señalado que: “[...]durante la segunda guerra mundial se produjo una importante destrucción de los activos de capital existentes antes de la guerra: el 25 por 100 en la URSS, el 13 por 100 en Alemania, el 8 por 100 en Italia, el 7 por 100 en Francia y sólo el 3 por 100 en Gran Bretaña” (Hobsbawm, 2006: 56).

⁶ No obstante, incluso en algunos lugares como Noruega, Bélgica, Francia o Italia la resistencia organizada se llegó a fusionar de manera pacífica con partidos políticos y sindicatos de la postguerra (Judt, 2016). Además, en algunas ocasiones el impacto de la resistencia si que llegó a perdurar, como se pudo observar en la ruptura de las líneas divisorias confesionales en la sociedad holandesa entre los colectivos católicos y protestante gracias a los lazos intercomunitarios forjados durante el conflicto (Judt, 2016).

la guerra, junto a otros liderados por partidos demócratacristianos, que todos compartían la visión de impulsar un mismo objetivo: la *planificación*⁷ (Judt, 2016).

LA PLANIFICACIÓN

El establecimiento de una *economía mixta* permitió a los Estados europeos organizar la *planificación* y la modernización de la economía, así como el incremento paralelo de la demanda, dentro de un proceso de reestructuración del capitalismo y el avance de la internacionalización de la economía (Hobsbawm, 2006). Muchos de los defensores de la *planificación* tuvieron sus primeras experiencias como funcionarios y administradores de empresas en los regímenes de ocupación de la guerra en Francia, Italia, Bélgica, Alemania o Checoslovaquia (Judt, 2016). En el ámbito británico, se ha señalado que: “[...] fue la guerra, por encima de cualquier otra cosa, la que situó al Gobierno en el centro de la vida económica” (Judt, 2016: 113). De esta manera, los fascismos y la guerra fueron el punto de enlace entre los conceptos heterodoxos, hasta la fecha controvertidos y condenados al ostracismo de la planificación con la política económica hegemónica de la postguerra, gracias en gran medida a que: “[...] la planificación se percibía como claramente desvinculada de la desacreditada política del periodo de entreguerra, un punto que jugaba poderosamente a su favor” (Judt, 2016: 113). Además, la difusión de una opinión fundada por todo el continente de que solo el Estado podía erradicar la pobreza ante la ausencia de instituciones reguladoras espoleó a los defensores planificadores a asentar su proyecto (Judt, 2016).

Ahora bien, ¿en que consistió esta *planificación*? A pesar de la existencia de diferentes interpretaciones sobre la misma, todos los puntos de vista compartían en la necesidad de fortalecer el papel del Estado en materia social y económica (Judt, 2016). En Gran Bretaña la planificación tuvo una presencia menor frente al concepto de control de las industrias como de los servicios sociales y económicos desde la propiedad estatal (Judt, 2016). Por otro lado, el legado institucional fascista en Italia de nacionalización de grandes sectores de la económica se mantuvo intacto durante la postguerra (Judt, 2016). En Francia, lugar donde la *planificación* estatal se tradujo en mayores hechos prácticos, se produjeron múltiples nacionalizaciones en el transporte aéreo, la banca, empresas de seguros, en el sector minero, industrias de munición... (Judt, 2016). Eso se debe gracias a que entre 1945 y 1946 se estableció un programa bien estructurado para modernizar la economía industrial francesa (Hobsbawm, 2006). En esta dirección, a finales de 1946 y principios de 1947 tuvo lugar la articulación tanto del *Plan de Modernisation et d'Équipement*, como el establecimiento del *Commissariat Général du Plan* ambos por iniciativa de Jean Monnet (Judt, 2016). Se ha señalado que este plan Monnet fue producto de la tradición de una cultura política favorable “[...] a la toma de decisiones autoritaria y la construcción de consensos mediante orden gubernamental” (Judt, 2016: 116). Francia se convirtió en el primer país de la Europa occidental en comprometer sus esfuerzos en el crecimiento económico y la modernización como modelo para paliar la crisis de la postguerra bajo una *planificación* que ha sido denominado *indicativa*, puesto que no pretendía fijar objetivos concretos, sino cotas de producción (Judt, 2016). En Checoslovaquia, también con ciertas similitudes al recién visto modelo francés, fue fundado la Comisión de Planificación Central en junio de 1946 con el propósito de organizar la orientación y coordinación el sector público nacionalizado por el presidente Beneš, puesto que en el caso de este país la nacionalización y la planificación estatal comenzaron antes del acceso al poder por parte de los comunistas (Judt, 2016).

Imagen 2: El ajuste del plan Monnet en 1948.

⁷ Los ideales de planificación ya habían comenzado con anterioridad a 1945, durante la depresión de entreguerras aparecieron diversas voces partidarias de establecer planificaciones en economía, especialmente en Austria y entre los fabianos británicos influenciados por la tradición socialista y por el reformismo liberal previo a 1914 que establecían énfasis en demandar una tributación progresiva, protección laboral e incluso la propiedad estatal de monopolios naturales (Judt, 2016).

Recursos	Previsiones de la versión de 1946		Previsiones de la versión de 1948-49	
	Por 1950	Aumentar en 1946 (en %)	Por 1952	Aumentar en 1948 (en %)
Carbón (en millones de toneladas)	65	32	60	22
Electricidad (en mil millones de kWh)	37	65	43	56
Carburantes (en millones de toneladas)	-	-	18,5	-
Acero (en millones de toneladas)	11	110	12,5	74
Cimiento (en millones de toneladas)	13,5	255	8	38
Tractores (en millares)	50	253	40	223

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Margairaz, 1991.

De esta manera, podemos afirmar de manera general, que la principal finalidad de la planificación en la Europa de la postguerra fue incrementar la inversión pública en momentos de extremada escasez de capital y una alta demanda de inversión en muchos sectores que propiciaron verdaderos quebraderos de cabeza para los gobiernos de la época en cuanto a cómo destinar los recursos del Estado (Judt, 2016).

LA APARICIÓN DE LOS SISTEMAS DE BIENESTAR MODERNOS

De esta manera, a partir de 1945 existía en el panorama europeo un amplio consenso a cerca de la necesidad de que el estado físico y moral de los ciudadanos debía ser una cuestión de interés pública, y como tal, se asociaba su responsabilidad al Estado (Judt, 2016). A pesar de la existencia de una heterogénea red de prestaciones rudimentarias de bienestar social con anterioridad a 1945, la mayoría con un marcado carácter acumulativo destinada a resolver concretas carencias sociales, ninguno de las mismas “[...]constituían unos sistemas de bienestar completos” (Judt, 2016: 119). Fueron, por tanto, las repercusiones de la Segunda Guerra Mundial las que cambiaron tanto el rol del Estado moderno, como lo que se esperaba del mismo, puesto que a partir de 1945 es cuando los Estados de Bienestar modernos variaron tremendamente en su estructuración en cuanto a los recursos que facilitaba y su modelo de financiación (Judt, 2016). La prestación de servicios sociales se articuló esencialmente en la educación, la vivienda y la atención médica, no dejando de lado el desarrollo de áreas de recreo urbanas, importantes subvenciones en el transporte público, el impulso estatal a la financiación de la cultura y otras variadas prestaciones más indirectas del Estado intervencionista (Judt, 2016). En general, todos los Estados europeos de la postguerra financiaron la mayoría de estos recursos, si bien, cada uno de los mismos en mayor medida respecto a otros (Judt, 2016).

El principal foco de diferenciación se acentuó entre las diversas modalidades que se configuraron para pagar estas nuevas prestaciones públicas. Mientras que, en algunos lugares, como es el caso de Gran Bretaña donde predominó el modelo monopolístico estatal, se optó por obtener vía ingresos a través de impuestos y la proporción de cuidados y servicios gratuitos o altamente subvencionados; en otros países, como Francia u otros países más pequeños, se apostó por facilitar dinero en metálico a los ciudadanos, para que los beneficiarios pudieran elegir los servicios sociales que preferían comprar (Judt, 2016). De esta manera, estas diferencias estructurales reflejaron diferentes sistemas de financiación y

contabilidad, si bien, esta variedad de sistemas de bienestar compartió un elemento en común fundamental: una concienciación redistributiva (Judt, 2016).

En Europa del Este, los regímenes comunistas posteriores a 1948 no promovieron el establecimiento de Estados de Bienestar universales, puesto que fue bastante general que amplias comunidades campesinas se quedaron excluidas de un acceso a la seguridad social o a los planes de pensiones (Judt, 2016). En Europa occidental, solo Bélgica, Italia, Noruega, Austria, la República Federal de Alemania y el Reino Unido configuran el seguro de desempleo obligatorio y universal desde 1945 (Judt, 2016). En países donde el desempleo había sido tremendamente traumático durante el periodo de entreguerras, como en Reino Unido o Bélgica, el gasto en bienestar fue impulsado por la intención de mantener un pleno empleo, mientras que, en otros países como Francia o Italia, donde el desempleo no tuvo tanto impacto, se reflejó en un equilibrio de prioridades distintas (Judt, 2016). Aunque en Suecia y Noruega desarrollaron una gran variedad de prestaciones públicas, y Alemania Occidental sostuvo una gran red de servicios públicos heredados de regímenes anteriores, fue en Gran Bretaña donde se articularon los mayores esfuerzos por generar un novedoso Estado de Bienestar (Judt, 2016).

EL MODELO BRITÁNICO

En Gran Bretaña, la rotunda victoria del Partido Laborista liderado por Clement Attlee en las elecciones de julio de 1945 permitió a este partido legislar íntegramente su programa electoral sin la necesidad de lograr grandes pactos de coalición con socios de gobierno (Judt, 2016). La legislación laborista de la postguerra tuvo una enorme influencia del denominado *Beveridge Report* elaborado en noviembre de 1942 por el pensador liberal William Beveridge (Judt, 2016). Este informe establecía dualmente una crítica a las injusticias sociales producidas en el ámbito británico con anterioridad a 1939 y una hoja de ruta para establecer una reforma integral, a la cual ni siquiera el Partido Conservador mostró rechazo a sus puntos cardinales⁸, una vez concluida la guerra (Judt, 2016). Beveridge estableció la necesidad en su informe de asegurar la dotación de servicios de bienestar durante la postguerra desde el establecimiento de “[...]un servicio nacional de salud, una pensión estatal adecuada, ayudas familiares y cuasi pleno empleo” (Judt, 2016: 122). A pesar de que el último elemento no es en sí mismo una dotación, constituía un punto esencial para partir desde la base de que un adulto saludable debía trabajar a jornada completa que permitiera la dotación para el seguro de desempleo, acceso a las pensiones y ayudas familiares y derecho a servicios médicos desde los gravámenes de los impuestos a sus salarios y a la tributación progresiva de la población activa (Judt, 2016). Y es que precisamente una vez terminada la Guerra existía una alta demanda social en Reino Unido de combatir la pobreza y el desempleo ante el temor de repetir la situación previa a la misma (Loach, 2013). En esta contextualización, la legislación laborista propició que los servicios médicos y odontológicos⁹ se proporcionaron de manera gratuita, se llevaron a cabo nuevas planificaciones de ciudades bajo una distribución atrayente y una organización de servicios públicos eficientes, las prestaciones de las pensiones se hicieron universales, organización de espacios físicos que permitieran la difusión de la herencia cultural del país y se introdujeron importantes ayudas familiares (Loach, 2013). No obstante, conviene matizar, que los avances del desarrollo material introducidos en la postguerra no fueron palpables en Reino Unido, al igual que en otros lugares de la Europa continental, hasta ya entrada la década de 1950 (Hobsbawm, 2006).

⁸ Los cuales fueron diseñados para combatir cinco puntos: la necesidad, la ociosidad, la ignorancia, la miseria y la enfermedad (*Want, Disease, Ignorance, Squalor and Idleness*) (Loach, 2013).

⁹ El Servicio Nacional de Salud (*National Health Service - NHS*), elemento esencial del sistema del bienestar británico, fue sancionado por la ley en julio de 1948 (Judt, 2016).

Imagen 3: Clement Attlee (izquierda) y William Beveridge (derecha). Principales artífices del Estado de Bienestar británico tras la postguerra.



Fuente: <https://www.britannica.com/biography/Clement-Attlee> y
<https://www.historymuseum.ca/cmce/exhibitions/hist/medicare/medic-3k01e.html>

CONCLUSIONES

En resumen, los máximos dirigentes políticos y económicos de la Europa occidental de la postguerra estaban ya plenamente convencidos que la vuelta al capitalismo del *laissez-faire* y del libre mercado era impensable (Hobsbawm, 2006). En este sentido el futuro europeo se ligó al establecimiento de una *economía mixta*, a la cual se ha asociado que: “Gracias a la llegada de los Estados del bienestar, los europeos pudieron comer más y (en general) mejor, vivir una vida más larga y más saludable, y estar mejor alojados y vestidos que nunca hasta entonces” (Judt, 2016: 123).

No obstante, el Estado de Bienestar no salió barato, puesto que su sostenimiento para países que no habían superado la depresión económica de los años treinta y la destrucción provocada por la guerra implicaron unos altos costes (Judt, 2016). Francia pasó de destinar 5% de su PIB a servicios sociales en 1938 a un 8,2% en 1949, Gran Bretaña en 1949 casi destinaba el 17% del gasto público a seguridad social lo que significaba un aumento del 50% respecto a 1938 o Italia pasó de destinar un 3,3% en 1938 a servicios públicos a un 5,2% en 1949 (Judt, 2016).

Ahora bien, ¿Por qué los europeos de la guerra estuvieron dispuestos a mantener tan alto coste por seguros y prestaciones sociales de largo plazo? No hay una única respuesta. La primera de las mismas es que en tiempos difíciles, los sistemas de bienestar de la postguerra se configuraron como una garantía de justicia social (Judt, 2016). Una segunda razón, la encontramos en que los Estados de Bienestar occidentales no fueron intrínsecamente divisivos, sino que eran redistributivos en su intencionalidad general, donde “[...]los verdaderos beneficiarios a largo plazo eran los profesionales y comerciantes de la clase media” (Judt, 2016: 124). No obstante, todas las capas sociales se beneficiaron de los servicios de los Estados de Bienestar, que también implicaron que se interconexionaran más que nunca bajo el paraguas de compartir un mismo interés común en seguridad y defensa (Judt, 2016). Y es que la base fundamental del bienestar social promocionado por el Estado de la postguerra fue la conciencia popular de que los servicios sociales constituían tareas intrínsecas del gobierno (Judt, 2016). Esto se debe a que: “El Estado de la postguerra era en toda Europa un Estado social, con una responsabilidad [...] hacia el bienestar de sus ciudadanos, que tenía la obligación [...] de mejorar la situación de la población [...]” (Judt, 2016: 125). De esta manera, los Estados de Bienestar se asentaron como un equilibrio entre el establecimiento de libertades políticas y el intervencionismo estatal racional y equitativo del Estado administrativo (Judt, 2016).

Bibliografía

- Fullbrook, M. (2002). *Europa desde 1945*. Barcelona: Crítica.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del Neoliberalismo*. Tres Cantos, Madrid: Akal
- Hobsbawm, E. J. (2006). *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Jenkins, P. (2012). *Breve historia de Estados Unidos*. Madrid: Aliana Editorial
- Judt, T. (2011). *Algo va mal*. Barcelona: Taurus.
- Judt, T. (2016). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Margairaz, M. (1991). *L'État, les finances et l'économie. Histoire d'une conversion 1932-1952*. Volume II. Institut de la gestion publique et du développement économique.
- O'Brien R., Ogborn, K., Russo, L. M. (productores) y Loach, K (director) (2013). *The Spirit of '45* [Documental]. Gran Bretaña.
- Stiglitz, J. (2015). *El malestar en la Globalización*. Barcelona: Debolsillo.
- Wasserstein, B. (2010). *Barbarie y civilización: una historia de la Europa de nuestro tiempo*. Barcelona: Ariel.